

## *Presentación*

*Javier Muñoz Soro*

Universidad Complutense de Madrid

La historia de los intelectuales ocupa desde hace tiempo un lugar central en la historiografía sobre el siglo xx, una posición que en los últimos años no ha dejado de reforzarse por la confluencia positiva de varias tendencias. Entre ellas destaca el auge de la historia cultural, pero la historia de los intelectuales ha aprovechado también la recuperación de la historia política y de la narrativa histórica para reclamar su propia autonomía. A su vez, la sociología de los intelectuales ha contribuido aportando nuevos conceptos —las redes de sociabilidad o los campos culturales— o reflexionando sobre otros ya antiguos —las generaciones, por ejemplo— a este renacer de la historia intelectual que se sitúa entre lo cultural, lo político y lo social, rompiendo así los moldes de la clásica historia de las ideas.

Además, la historia de los intelectuales está inmersa por partida doble en la crisis de la modernidad, no sólo por su aproximación epistemológica y metodológica al objeto de estudio, sino por la misma modificación de éste. Es decir, ya no se trata únicamente de la importancia que las aportaciones del giro lingüístico y la historia de los conceptos tienen en este ámbito de estudio, con su creciente énfasis en el discurso, los relatos y los mitos, sino del propio debate sobre la figura del intelectual posmoderno. Los intelectuales han sido parte esencial de la historia del siglo xx, sin la cual no puede entenderse ese gran proceso que fue la formación de las opiniones públicas nacionales y la política de masas, tanto en la con-

solidación de las grandes democracias occidentales como en su crisis. El siglo xx vio a los intelectuales erigirse en críticos del poder, en guías de la sociedad y en profetas del porvenir, en verdaderos *maîtres a penseur*, pero también en servidores de las ideologías totalitarias y en sacerdotes de las nuevas religiones políticas. Su momento de máximo esplendor en los años sesenta se acompañó de las primeras señales que anunciaban su final inevitable ante el agotamiento de los grandes relatos y la fragmentación del saber, que requeriría a partir de entonces especialistas, intérpretes y comunicadores mediáticos.

Una renovada historia de los intelectuales pretende superar la visión tradicional de éstos como individuos aislados más o menos clarividentes, innovadores o continuadores de corrientes de pensamiento, para centrarse en sus relaciones de doble dirección con el poder y la sociedad —siguiendo las reflexiones de Weber, Gramsci, Foucault, Skinner o Gouldner— y en sus propios medios de reproducción e influencia, gracias a las aportaciones de sociólogos como Mannheim, Bourdieu o Bauman. Los intelectuales se sitúan ante el poder político, por un lado, y ante la sociedad y la opinión pública, por otro, pero también ante sus colegas en la competencia por el mercado cultural y el prestigio dentro de instituciones de vario tipo, campos de producción específicos y redes de socialización. Si desde su origen no puede entenderse al intelectual desligado de los grandes medios de comunicación de masas, desde mediados del pasado siglo tampoco es posible hacerlo sin tener en cuenta la universidad y las grandes instituciones públicas de lo que Fumaroli ha llamado el «Estado cultural».

El estudio de los intelectuales en la transición a la democracia en España tiene el interés añadido de concentrar en un breve periodo de tiempo varios de esos fenómenos que han caracterizado a la cultura europea del siglo xx. La muerte del dictador suponía el fin de un intento de organización social sometido desde el principio a fuertes tensiones internas entre proyectos distintos, que había renunciado a su inicial ambición totalitaria y que estaba, a la altura de 1975, en franca descomposición, aunque no por ello renunciara a perpetuarse. Visto desde hoy nos parece que cualquier intento de sobrevivir estaba condenado al fracaso, y los intelectuales franquistas y sus medios de acción nos parecen poco más que residuos del pasado derrotados por el auge de la cultura de izquierda y an-

tifranquista. Seguramente la realidad fue más compleja, como demuestran los artículos de Nicolás Sesma y de Luca La Rovere en este dossier. El primero analiza la trayectoria intelectual y política de Jesús Fueyo, su progresivo aislamiento una vez despojado de sus plataformas de poder institucional, mientras que el segundo, autor de un libro sobre la transición de los intelectuales fascistas en la Italia posterior a 1943, aporta una sugerente perspectiva comparada para interpretar esas «zonas grises» de lo que en España se llamó muy pronto el «franquismo sociológico». Al igual que en el caso italiano, la hegemonía intelectual de la izquierda antifranquista se ha convertido en un obstáculo para comprender la pervivencia, e incluso la posterior renovación, de una cultura que aún hoy sigue sorprendiéndonos con productos como los éxitos de ventas de la historia neofranquista.

El final de la dictadura sancionó la hegemonía de una cultura que había luchado por reconstruir la línea de una modernidad perdida, liberando con dificultad espacios sociales y expresivos. Sin embargo, la cultura progresista también estaba sometida a fuertes tensiones internas: el discurso liberal, centrado en la reconstrucción de la democracia parlamentaria y la sociedad civil, chocaba con el auge desde los años sesenta de las ideologías marxistas, que trataban de hacer compatibles esos objetivos democráticos con la meta última de una revolución socialista. Esa cultura del compromiso militante, fuera comunista, socialista o incluso cristiana, se vería a su vez deslegitimada en los años setenta por los nuevos movimientos sociales ligados a la izquierda radical y libertaria, y a formas culturales —llamadas entonces «contraculturales»— que muy pronto abandonarían el compromiso como eje de su acción para buscar nuevas formas expresivas, más pendientes de las ansias de consumo cultural y lúdico de la sociedad, y de las corrientes musicales, artísticas, literarias, cinematográficas, etcétera, que llegaban desde fuera bajo la etiqueta generalizadora de la posmodernidad. Jordi Mir estudia en este dossier esas culturas críticas que pronto serían consideradas marginales, como vías muertas en la historia del éxito de la democracia española y su normalización europea, pero cuya contribución ha sido decisiva a largo plazo en el cambio de los patrones culturales de nuestra sociedad.

Todo ello contribuyó a una compleja y rápida transición cultural, mientras los gobiernos centristas ensayaban una precaria política

cultural a medio camino entre el dirigismo estatal del populismo autoritario, una alta cultura de prestigio internacional y un abstencionismo dictado antes que nada por el raquitismo presupuestario y la urgencia de cuestiones más apremiantes, muy lejos, por tanto, del «Estado cultural» levantado por los socialistas una década después. El Ministerio de Información y Turismo se convirtió en el Ministerio de Cultura, los teleclubs dejaron paso a las fiestas vecinales financiadas por los respectivos ayuntamientos, las instituciones culturales regionales de la dictadura se reconvirtieron en centros de producción de identidad autonómica, la cadena de prensa del Movimiento subsistió sólo mientras interesó al gobierno sufragar sus enormes pérdidas, y la censura siguió vigilando las críticas contra la monarquía, el ejército, la iglesia o todo lo que se considerara dañino para una didáctica pública del consenso y la conciliación. Un buen número de revistas que se habían destacado por su oposición a la dictadura fueron desapareciendo, y hasta los cantautores empezaron a ser desplazados por los nuevos iconos de lo que, ya en los ochenta, se llamó la «Movida». Al mismo tiempo, los intelectuales ungidos durante la fase final de la dictadura como guías de la sociedad —caso de un Aranguren, por ejemplo— veían amenazada su autoridad por toda una nueva generación de intelectuales especialistas, de periodistas con gran audiencia mediática y de «intérpretes», como los ha llamado Bauman, de las nuevas demandas sociales.

La historia de los intelectuales y de la cultura en general ilumina aspectos relevantes de la Transición, de los cambios acaecidos en las distintas culturas políticas y en la cultura política en singular, durante un periodo caracterizado por las rápidas mutaciones sociales. Los intelectuales, individual y colectivamente —piénsese en *El País*, una «referencia dominante» durante aquellos años—, proporcionaron a la sociedad y a la política nuevos conceptos, o nuevos significados para viejos conceptos, así como un relato que diera sentido a la rápida sucesión de acontecimientos y sirviera de autoconciencia de la sociedad. En el presente monográfico, Cecilia Leggart nos ofrece, desde el estudio de los casos argentino y chileno, principalmente, una reflexión sobre esa traslación de significados y sobre la propia transición de los intelectuales dentro de las transiciones de régimen político. En su doble condición de pensadores y de activistas políticos, muchos intelectuales concibieron sus trabajos teóricos no tanto en términos evaluativos y descriptivos,

como en términos prescriptivos, y al mismo tiempo que analizaban la realidad señalaban los objetivos a conseguir. Unas «transiciones teóricas», como escribe la autora, que modelaron la política de la Transición desde la reflexión sobre los propios fracasos y donde conceptos como «autoritarismo», «democracia» o «transición» se convirtieron en herramientas de acción.

Todavía contamos con pocos estudios sobre los intelectuales y la cultura en la Transición, a menudo breves aportaciones a trabajos colectivos, como los editados en los últimos años por Carme Molinero o Rafael Quirosa-Cheyrouze en forma de libro, o los monográficos coordinados por Fernando del Rey y Manuel Pérez Ledesma en la revista *Historia y Política*, algo que contrasta con las muy sobresalientes contribuciones a la historia de los intelectuales aparecidas en los últimos años sobre los siglos XIX y XX. Con la idea de llenar este vacío presentamos este dossier, dentro del marco cronológico más utilizado para la Transición, entre 1975 y 1982, cuando tuvieron lugar los principales cambios políticos e institucionales que llevaron de la dictadura a la democracia, colocando a los intelectuales frente al reto de guiar a la sociedad en un estado de anomia entre lo viejo que moría y lo nuevo que luchaba por nacer. Hemos optado también por una acepción tradicional del término «intelectual» centrada en su compromiso político, aunque ampliándola a quienes utilizan el prestigio adquirido en su disciplina de trabajo para, desde la autoridad conferida por ese reconocimiento generalizado, crear opinión en el espacio público, en especial a través de los medios de comunicación de masas. Porque hubo también una transición entre los intelectuales políticos encumbrados en la lucha contra la dictadura y el prestigio de los que Bourdieu llamó «intelectuales-periodistas», que por entonces comenzaron a llenar las tertulias de radio y televisión, hasta desplazar a los primeros de los medios de comunicación generalistas.

No nos interesa aquí tanto una clasificación de los intelectuales según las características internas de la comunidad intelectual, según los métodos de las escuelas o de las generaciones, pues ya contamos para ello con buenos estudios como los de Juan Pecourt o Vázquez García. Tampoco una distinción por los rasgos de su actividad, como la establecida a partir de las funciones del lenguaje de Karl Bühler entre el intelectual apelativo, que persigue un objetivo pragmático de transformar la realidad; el especulativo, más in-

terasadado en la búsqueda de la verdad, y el expresivo, que aporta su testimonio personal, aunque todos estos métodos y tipos ideales ayuden a analizar la compleja condición del intelectual, que se desarrolla en varias dimensiones. Una individual, fruto de su biografía y su formación a través de itinerarios personales. Otra colectiva, en grupos o redes más o menos definidas ideológicamente, donde cobran especial importancia los lugares de socialización y los campos de producción: instituciones y organismos públicos o privados, editoriales, revistas o periódicos. Por último, una dimensión pública marcada por el antagonismo político entre derecha e izquierda, y sus respectivas respuestas ante los graves problemas planteados durante esos años. Nos interesa, sobre todo, saber desde el modelo de sociedad que defendían cuál fue su visión de la Transición, sus metas y sus renunciadas a lo largo de ésta.

Esa complejidad y esas varias dimensiones en la vida, la obra y la acción pública del intelectual hacen difícil, sin duda, su análisis historiográfico. Más aún cuando la contribución de los intelectuales a la Transición ha estado desde el primer momento envuelta en polémica. Grandes ausentes para unos, nostálgicos desencantados o, al revés, sumisos portavoces del poder para otros, se les ha echado en cara tanto su hipercriticismo como el haberse plegado al discurso oficialista del consenso, tanto su obcecación en ensoñaciones revolucionarias como su pragmatismo ambicioso, siempre en la antesala del poder, tanto su elitismo clasista como su rápida adaptación a las nuevas exigencias del mercado. Si desde principios de los años setenta la cultura progresista estaba en crisis, el final de la dictadura acabó para siempre con la solidaridad intelectual crecida durante largos años de oposición y disidencia, mientras el intelectual orteguiano dejaba paso a los jóvenes contestatarios, el intelectual universal era reemplazado por los especialistas y se multiplicaban los centros de producción cultural. Así, de profetas en su tierra habrían pasado a ser ciegos en medio de un país cambiante, deslumbrados por ideologías totalitarias, equivocados por culpa de su petulancia o encorsetados en sus rígidos modelos teóricos. Lo más curioso es que esas críticas suelen provenir de los propios intelectuales. En cualquier caso, no es posible hacer la historia de la Transición sin contar con ellos y sin pensarla como un momento único de expresión cultural de la sociedad.

## Bibliografía

- BAUMAN, Z.: *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- BOURDIEU, P.: *The field of cultural production*, Cambridge, Polity Press, 1993.
- BUENO, G.: *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Madrid, Ciencia Nueva, 1970.
- FUMAROLI, M.: *El estado cultural. Ensayo sobre una religión moderna*, Barcelona, Acantilado, 2007.
- MOLINERO, C.: *La Transición treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Barcelona, Península, 2006.
- PECOURT, J., *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*, Madrid, CIS, 2008.
- PÉREZ LEDESMA, M.: «Las izquierdas en la España democrática», *Historia y Política*, 20 (julio-diciembre de 2008).
- PLATA, G.: *De la revolución a la sociedad de consumo: ocho intelectuales en el tardofranquismo y la democracia*, Madrid, UNED, 2010.
- QUIROSA-CHEYROUZE, R. (ed.): *Prensa y democracia. Los medios de comunicación en la transición*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- REY REGUILLO, F. del: «Las derechas: tecnócratas, liberales y neocons», *Historia y Política*, 18 (julio-diciembre de 2007).
- VÁZQUEZ GARCÍA, F.: *La filosofía española: herederos y pretendientes*, Madrid, Abada Editores, 2009.